

Nicolas Freeling



intriga

**AMOR EN
AMSTERDAM**

Seductora, inestable y frenéticamente absorta en sí misma, Elsa de Charmoy era una mujer peligrosa, y ahora es una mujer muerta, con un arma comprada por su antiguo amante. Enfurruñado en una cárcel de Ámsterdam, jura que han pasado años desde que vio a Elsa, pero el inspector Van der Valk no está del todo persuadido. Al igual que el inspector Maigret (con quien a menudo se lo compara), Van der Valk tiende a distinguir los pequeños detalles, y aunque las reflexiones de Van der Valk pueden frustrar a sus colegas, más interesados en la acción, inevitablemente producen una resolución sorprendente.

Todos los personajes y situaciones que se describen en este libro, sin excepción alguna, son completamente imaginarios, al igual que la ciudad de Bloemendaal aan Zee. Donde se hiciera una referencia incidental a una persona u organismo oficial que realmente existiera, tales como el Procurador General en Ámsterdam o la Jefatura del Departamento de Moral infantil de la Policía de la misma ciudad, no tiene conexión con la misma ni se pretende ridiculizarla.

PRIMERA PARTE

LA CASA DEL JOSEP ISRAELSKADE

El hombre se paseaba arriba y abajo del calabozo. Le parecía que era un calabozo grande y bien acondicionado; limpio y reluciente. Aunque antes ya lo había hecho varias veces, miró nuevamente, con escrupuloso interés, el mobiliario que en él había. A ciencia cierta, no sabía por qué le interesaba tanto. «Quizá sea porque no tengo nada mejor que hacer —pensó; pero en seguida cambió de parecer—: No, no se trata de eso».

—No hay que desaprovechar nada —dijo en voz alta.

E, inmediatamente, repitió las mismas palabras, pero esta vez por lo bajo.

A nada conducía hablar en voz alta. No era que a los guardianes les importara lo más mínimo. Podía uno estarse cabeza abajo durante todo el día sin que esto les llamara la atención, pero quizás algún condenado psiquiatra les hubiera dicho que anotarán cuanto él hiciera, y podrían sacarse conclusiones estúpidas de ello. «Perfectamente estúpidas», pensó. Todos los hombres hablan solos alguna vez, la mayoría con más frecuencia que él, y no por esto iba nadie a denunciarles al primer doctor en hechicerías. Escuchan sus propias voces, y dirigen imaginarias orquestas mientras oyen sonar el gramófono. «Se miran en el espejo —pensó— y se dicen en voz alta: “Eres un perfecto canalla”. Pero esto no quiere decir nada. Tensión. Tics nerviosos, como rascarse o hurgarse las narices. El millonario está planeando

algo importante, entra su secretaria y le sorprende hurgándose las narices. "Perdone mi intromisión, señor Roderick"».

Las paredes de cemento estaban enyesadas y pintadas de un color crema oscuro hasta la altura de la cintura. A continuación, aparecía una estrecha franja verde. «¿Qué clase de verde era aquél? ¿Un verde hoja? Más bien el verde que Elsie de Wolfe llamaba de farol callejero o de banco de parque». La mitad superior de las paredes y el techo eran de un crema más pálido. Más oscuro —pero siempre color crema— era el que lucía la pesada puerta de acero. ¡Maldito color crema! «¿Acaso soy algún traficante en quesos? Peor, un gusano de queso», concluyó.

El techo era alto, con un tubo de neón protegido por una pantalla. Contó los remaches de acero que había en la puerta: nueve hileras con cinco remaches cada una. En la del centro, faltaban dos remaches para dejar sitio a una pequeña mirilla. «No creo que utilicen esta mirilla. Siempre abren la puerta descorriendo cerraduras y cerrojos. A ellos no les cuesta nada hacerlo. Sus movimientos son puramente mecánicos. Encuentran la llave apropiada por el tacto, y el tiempo que emplean es como si lo tuvieran fijado automáticamente. Estando en sus casas deben sorprenderse de la facilidad con que abren las puertas». La ventana estaba cubierta con cristales separados por listones, bastante sucios, por cierto, pero ¿cómo poder limpiar tales cristales con los barrotes de fuera? En el interior, había mucho más color crema. La cama plegable, las cañerías del agua caliente, el armarito del rincón, los tres ganchos para colgar la ropa, el biombo de madera, a la altura de la cintura, que rodeaba la taza del retrete.

En la pared había una pequeña espetera donde colgar el cuchillo, el tenedor y la cuchara, una lista escrita a máquina de las disposiciones del reglamento, cubierta de plástico, y una estampa de aspecto vagamente bíblico. Mostraba a un pastor barbudo que contemplaba dramáticamente un

cielo cubierto de llamativas estrellas, y que se encontrada rodeado de un paisaje rocoso de ciencia-ficción. Seguramente un donativo hecho con buenas intenciones por la «Sociedad de Ayuda a los Presos», e impresa por la «Christelijke Vereniging». Disponía de un catalejo de buen tamaño que utilizaba para escrutar el firmamento. El rostro del pastor era algo imperfecto y congestionado, y no le pareció un acierto de composición. «No tiene nada de extraño, teniendo que vivir aquí. Además, necesita un buen corte de pelo».

Volvió a dirigir su atención a la mesa, que le produjo una satisfacción especial. Era bonita y pulimentada, grande y sólida, y de buena altura. Estaba barnizada con una tonalidad especial de amarillo ocre que pareció serle familiar, y, al mirarla, comprendió la razón. Los conventos barnizan sus muebles del mismo color. Pero ¿qué razón podía haber para que las cárceles y los conventos sientan una inclinación parecida por tan horrible tonalidad? Quizá porque da a las cosas un aspecto limpio y brillante, y porque ni las cárceles ni los conventos conceden excesiva atención a la belleza. Pero esto no era de su incumbencia. La mesa era buena, lo que bastaba para llenarle de satisfacción. Este dato ahora no parecía de importancia para él, pero tal vez podría llegar a tenerlo. La madera era dura, y las patas fuertes y equilibradas. Había espacio para todo. Se podría trabajar con comodidad en caso de disponer de pluma y papel. Puso en la silla una manta doblada y se acodó en la mesa. Luego, empezó a liar un cigarrillo. La picadura era *zwaar* de tipo medio. Y empezaba a gustarle.

Elsa había muerto. Era un hecho en el que había pensado últimamente, no sin satisfacción, porque Elsa viva representaba para él una amenaza constante. Lo ridículo era que Elsa, muerta, seguía siendo una amenaza. Claro que esto era algo típico en ella. No debía afectarle sino para su propia satisfacción, puesto que la única cosa que se había in-

terpuesto entre Sophia y él había desaparecido. Pero, aun sin quererlo, no dejaba de afectarle.

A la policía no le importaba ni que hubiera matado a Elsa, ni que alguna vez hubiese albergado en su alma semejante idea. La habían encontrado asesinada, y la misión de la autoridad era encontrar a alguien que probablemente lo hubiese hecho. Estuvo sentado contemplándoles. Elsa muerta significaba para ellos «haber de dar con el responsable». No les preocupaba no tener pruebas. Pensaban que la verdad acabaría por mostrarse a fuerza de agujinear suave e insistentemente, labor en la que eran duchos. Se trataba, simplemente, de un problema de ajedrez. Juegan las blancas; jaque mate en tres jugadas. Probablemente, no creían que fuera él quien la había matado. Pero de momento les suministraba lo que necesitaban, una solución razonable a un problema criminal. Para ellos el caso no era más que un problema del que él formaba parte.

Sentía no poder lamentar por completo la muerte de Elsa. Sentía la ansiedad y las preocupaciones de Sophia. Pero ésta era su esposa, cosa que jamás había sido Elsa. A Elsa le hubiera gustado verle metido en aquel atolladero, así como los sufrimientos de Sophia. Le gustaba verle apesadumbrado, y siempre odió a Sophia. Pero él nunca hubiera llegado, por el placer de librarse de ella, a tener que sufrir incomodidades y causar sufrimientos a Sophia. Nunca hasta el extremo de alojarle cuatro balas en el estómago. Aunque se lo mereciera, nunca se le había ocurrido semejante cosa. A Elsa le deleitaban los dramas y las escenas, le encantaban los cataclismos, los chivatazos, las rabietas enormes, las reconciliaciones sollozantes. Todo esto era para ella el pan nuestro de cada día. Era capaz de urdir cuidadosamente cualquier plan con tal de verle metido en un lío. Nunca había perdonado a Sophia, y Sophia tampoco la había perdonado a ella. En cuanto a llegar al crimen, Sophia tenía más motivos que él.

¿No podría haber sido Elsa la causante de su propia muerte? Supongamos que padeciera una enfermedad incurable, leucemia o algo parecido. Su suicidio podía haber sido al mismo tiempo una venganza, como en el caso de la vieja Rebecca. Fuera lo que fuese lo que hubiera sucedido, lo cierto es que consiguió mezclarse drásticamente en su vida durante aquellos últimos años. Consiguió perjudicar gravemente su carrera, estuvo a punto de arruinar su matrimonio, y ahora le había metido en la cárcel con muchas probabilidades de tener que permanecer en ella toda su vida. Hubo un tiempo en que la quiso. Durante muchos años iluminó su vida. Había sido su amiga, y formaba parte de su vida como el pasado forma siempre parte del presente. Poseía una decisión cargada de influencia, y una opinión rebotante de color. *L'ombre de la jeune fille en fleur*. Si estuviera viva, en estos momentos no la odiaría. Sólo la había odiado durante unos cuantos meses. La despreció, la compadeció, la escupió, la deseó (todavía la deseaba, a veces), se rió de los recuerdos que tenía en ella, y dejó de amarla. No amándola, no tenía necesidad de odiarla. Y, ahora, estaba muerta. Víctima, de eso no tenía él la menor duda, de alguna de aquellas mezquinas traiciones en que se veía envuelta. Nunca se sentía feliz hasta que su mano izquierda engañara a su mano derecha.

Martin se encontraba en casa. Era cerca de medianoche. Media hora después ya se habría acostado, pero ahora bebía tranquilamente la última taza de un café tibio. Todo se hallaba tranquilo, y fuera, en la Fonteinlaan, sólo se oía el extraño zumbido de un coche perdiéndose en la lejanía. Luego, el silencio volvía a ser envuelto por el manso caer de la lluvia, que desde hacía casi una semana no había cesado de producirse en forma poco menos que continua. Descansaba retrepado en un sillón, cuando, de súbito se oyó el zumbador eléctrico. No disponían del aparato para

contestar, realmente innecesario en un primer piso. Pero no por ello dejaba de molestarles aquel zumbador. Como el teléfono, representaba una invasión en la casa. Sophia fue a ver quién era.

Regresó con cara de disgusto. Detrás de ella se escucharon pasos desconocidos. Levantó la vista, algo amoscado.

—La policía.

—¿Qué diablos puede querer?

Al salir, deshizo la expresión adusta de su rostro con una leve sonrisa, la misma que solía componer en sus negocios diarios. Sólo Sophia sabía cuál era su verdadero rostro.

Fuera de la habitación, se encontraba la pareja de guardias. Permanecían tranquilamente de pie, y se habían quitado las gorras. Formaban parte de un coche patrulla, y eran los acostumbrados policías de Haarlem, vestidos con sus cortos chaquetones de cuero.

—¿Qué sucede? —les preguntó.

El primero de ellos se rascó la cabeza con la visera de la gorra antes de contestar:

—En realidad, no lo sabemos. Parece ser que se requiere su presencia en la comisaría. Eso es todo.

—¿A estas horas de la noche?

—De día o de noche la paz no existe para nosotros —dijo el segundo, insinuando una mueca.

—Está bien. En este momento iba a acostarme. Tengo que trabajar por la mañana.

—Quizá no tenga que trabajar por la mañana.

Aquello no le gustó, pero aún así preguntó en tono de chanza:

—¿Acaso he ganado un premio en las quinielas?

Los dos guardias se echaron a reír de buena gana. En cambio, Sophia puso la cara que era habitual en ella cuando tenía que enfrentarse con la adversidad. «Un rostro tranquilo e inteligente —pensó el esposo con cariño—, pero

que, llegado el momento, era capaz de aceptar la lucha con determinación».

—No te olvides de los cigarrillos —le dijo—. Yo me iré a la cama. Espero que no tardes.

Comprendió que a Sophia tampoco le gustaba aquello. Le besó apasionadamente, dándole un fuerte abrazo.

El amor que entonces sintió hacia ella hizo que se le contrajeran los nervios del estómago.

En el recibidor, los dos esbirros miraron hacia el perchero.

—Será mejor que se lleve el impermeable. No para de llover.

El impermeable aún se encontraba húmedo.

—Y el sombrero —añadió el otro, solícito, entregándoselo.

Se preguntó por qué demonios se preocupaban de su sombrero.

Les esperaba el acostumbrado pequeño «Volkswagen» de color negro. No se dirigieron a la comisaría próxima de Heemstede, sino que, retrocedieron hacia la ciudad, pasaron por Dreef y Houtplein, hasta llegar a la comisaría central del Grote Markt. Seguía lloviendo suavemente, bajo un cielo frío y encapotado.

—¿A qué viene todo esto? —no pudo por menos de preguntarles a los guardias por el camino, pese a que le constaba la ignorancia de ambos en el asunto.

—¿Cree usted que lo sabemos? —respondió uno.

El que iba en el asiento trasero se reclinaba cómodamente hacia un lado, y mordisqueaba un chicle. Era el que al salir, le ordenó que ocupara el asiento de al lado del conductor. El mismo hombre dijo:

—También a nosotros nos gustaría mucho estar en estos momentos tomando café.

—Yo no se lo pude ofrecer porque ya me lo había tomado todo —bromeó Martin.

Encendió un cigarrillo en el momento en que el chófer cambiaba suavemente de marcha y, dando vuelta a la izquierda, se adentraba en la Smedestraat. Se detuvieron ante la comisaría central. Era un edificio antiguo, de aspecto desaliñado, que se ocupaba de demasiados servicios. Al entrar, un ayudante levantó la mirada y les dirigió un rápido vistazo.

—Buenas noches —dijo Martin.

—Buenas noches a usted. ¿Le ha importado mucho tener que venir?

El despacho en que seguidamente entraron era pequeño. Había un hombre joven en él, escribiendo en una mesa. La lámpara proyectaba un acogedor círculo de luz. El hombre se levantó extendiendo la mano.

—Van der Valk —dijo.

Martin pronunció automáticamente su propio nombre y se sentó en la silla que se le ofrecía, de dura madera, con brazos y provista de un cojín ajado.

Van der Valk, desde luego, necesitaba afeitarse. Parecía cansado. Se dedicó a aplastar una colilla en el cenicero con espasmódicos movimientos del antebrazo.

—Soy inspector de la *Amsterdamse recherche* —dijo calmosamente—, y lamento mucho haber tenido que requerirle a estas horas. Sin embargo, se trata de algo muy importante —si no lo fuera tampoco estaría ahora yo aquí—, y hemos creído que usted podría contestar a unas preguntas sobre ciertas cosas que no están suficientemente claras.

El hombre tenía algunos pequeños tics nerviosos. Uno de ellos consistía en frotarse un lado de la nariz con el dedo índice. Martin le escuchaba con las cejas levantadas, no acertando a comprender adónde quería ir a parar con aquel preámbulo. Van der Valk encendió otro cigarrillo, y se apartó el humo de la cara abanicándose con la mano. Luego, tomó una hoja de papel en blanco y escribió una línea en su parte superior.

—¿Recuerda usted todo lo que hizo la noche pasada?

—Sí, creo que sí, salvo, quizás, algún pequeño detalle.

—Dígame, por ejemplo, qué hizo entre las nueve y las diez. Deme los detalles con la máxima exactitud que le sea posible.

—A esa hora iba dando un paseo. Había estado en el cine, cosa que me suele producir un poco de jaqueca. La película no era mala, y me dio ocasión para reflexionar. Cuando me encuentro en una atmósfera sobrecargada y obligo a mis ojos a hacer un esfuerzo, después me gusta pasear para obtener una sensación de descanso.

El hombre hizo con la cabeza un movimiento de comprensión, y escribió un par de líneas.

—¿Por dónde paseó? Si le es posible, deme el itinerario completo.

—Bajé por Frederiksplein, bordeando la fábrica de cerveza de Van Woustraat, hasta llegar a Zuid y alcanzando la Apollolaan. Luego volví para atrás, paseando por el Ceintuurbaan, para ir a terminar en el Museumplein, donde había dejado aparcado mi coche.

—Un paseo largo. Y, además, lloviendo con bastante intensidad.

—Me gusta pasear cuando llueve —replicó Martin, secamente.

Van der Valk alzó la vista.

—Es usted muy dueño de hacerlo. Lo único que me propongo es reconstruir la escena. ¿Atravesó el puente del Josef Israelskade?

—No. Pasé a lo largo del lugar de recreo que hay en la esquina.

El hombre tuvo un gesto de asentimiento.

—¿Me puede usted decir qué hora sería cuando se encontraba en este lugar?

—No lo sé, pero minuto más, o minuto menos debían ser aproximadamente las diez menos cuarto. ¿Quién ha muerto? —agregó bromeando.

Van der Valk no alzó los ojos del papel donde escribía, lentamente, con visible esfuerzo.

—No tardaremos en llegar a eso —contestó con calma—. ¿Conoce usted a una mujer llamada Elsa de Charmoy?

Martin se dio cuenta de que el inspector esperaba que mostrara sorpresa ante aquella pregunta. Y, en efecto, su aspecto debió ser de sorpresa.

—Claro que la conozco.

—¿Bien?

—Sí, muy bien, aunque apenas la he visto en los últimos, digamos cinco años.

—¿Cómo de bien?

—Hace siete años tanto como usted pueda suponer. ¿Qué quiere saber? Se trata de un asunto de carácter personal.

Los párpados de Van der Valk se contrajeron como si algo le divirtiera.

—También para mí es un asunto personal, *jongen*. Estoy realizando una investigación sobre su muerte.

Martin, muy afectado, necesitó un minuto para encajar el golpe. Automáticamente se buscó un cigarrillo en los bolsillos. El policía le alargó su paquete. «Lady Blanche».

Martin tomó uno.

—¿Cómo murió?

—Alguien disparó contra ella. Cuatro veces. Entre las nueve y media y las diez.

—¿Pretende usted decirme que fui yo quien hizo los disparos?

—No pretendo decir nada. Trato de comprobar lo que sé. Por ejemplo, que usted sabe donde vivía.

—No lo sé, pero sí sé a dónde quiere usted ir a parar. Vivía por Zuid, pero se mudó de allí poco después de conocerla. Había abandonado a su esposo o su esposo la había abandonado a ella, no lo sé exactamente.

Van der Valk dio una chupada a su cigarrillo.

—Vivía en un piso del Josef Israelskade.

El policía se levantó, fue hasta la puerta, la abrió y dio un aviso. Martin no volvió la cabeza al oír un murmullo de voces. Van der Valk se sentó nuevamente en actitud meditativa.

—¿Le importaría levantarse un momento? Póngase el sombrero. No se trata de tenderle una trampa sino de poner algo en claro. Sitúese al lado de la ventana, con las manos en los bolsillos. Imagínese que está usted en la calle y que llueve.

—¿Un ejercicio de identificación?

—Sí, pero no para culparle de nada. Usted ha dicho francamente que estuvo en el Josef Israelskade.

Un guardia uniformado entró en la habitación. Se apoyó en la puerta y se puso a examinar durante un momento a un Martin muy seguro de sí mismo.

—No hay suficiente luz.

Van der Valk inclinó la pantalla de su lámpara de lectura.

El reflejo hizo pestañear a Martin y arrugarle el ceño.

El guardia hizo un despacioso movimiento afirmativo con la cabeza.

—¿Completamente seguro? —preguntó Van der Valk con viveza.

—Sin lugar a dudas —contestó el guardia, cuya voz tenía un fuerte acento de Ámsterdam.

La puerta se cerró tras él. Martin se quitó el sombrero y preguntó:

—¿Me quiere decir qué ocurre?

—A eso de las diez menos veinte, una anciana telefoneó a la Policía diciendo que había visto a un hombre vagando de una manera sospechosa por el lado del canal. Algo sin mucha importancia, desde luego, porque a las viejas les parecen sospechosos todos los hombres. Pero el departamento mandó que uno de sus hombres se trasladara allí en bicicleta. ¿Lo recuerda usted?

—¿Por qué habría de recordarle?

Van der Valk hizo un ademán de asentimiento. La reacción le pareció razonable.

—Se trata del agente que ha estado aquí hace un momento. Le ha reconocido. Dice que usted no vagaba al azar sino que paseaba de una forma determinada, mirando al agua y a las ventanas iluminadas. ¿Es eso cierto?

Hizo una mueca expresiva, que Martin le devolvió desmañadamente.

—Quizás.

—¿Muy cerca de la casa de Madame De Charmoy?

Sintió que su desmadejamiento se deslizaba hacia la desesperanza. Ni sabía ni le importaba dónde vivía Elsa. Pero ¿quién le creería? Por supuesto, aquel agente no, y Sophia tampoco.

—Nadie puede tomar muy en serio su paseo, ni prestar demasiado caso a las ancianas que se dedican a atisbar por las ventanas. Pero el caso es que allí estaba usted.

—Sí.

Van der Valk abrió un cajón de su mesa y sacó de él una pistola. Una «Mauser» siete seis cinco. Una preciosidad.

—¿La ha visto usted, antes?

—Yo se la di. («¡La muy zorra!», pensó con amargura.)

—¿Dónde la consiguió?

—Durante la guerra. De un alemán por unos cuantos cigarrillos. Entonces esto era una cosa corriente.

Van der Valk hizo un nuevo movimiento de aprobación con la cabeza. («¡Deja ya de dar esos cabezazos de reloj de cucú!», pensó Martin, irracionalmente.)

—¿Le dispararon con esta pistola?

—¿Por qué se la dio usted?

—Le daba todo lo que creía que podía divertirla.

—Esta vez no le divirtió mucho.

Escribió un par de líneas más, y luego se levantó.

—¿Por qué fue? —preguntó Martin, bruscamente.

—¿Por qué? No lo sé. No me gusta saber demasiado. Este es asunto del investigador psicólogo. Lo que yo quiero